



El padre maestro Ignacio de Loyola



La tradición ignaciana forma parte de la corriente del Humanismo renacentista desde una visión católica a nivel pedagógico. En la base de su pensamiento educativo, encontramos el propio recorrido formativo de san Ignacio como discípulo, marcado por el método de París; así como la práctica educativa de las primeras instituciones educativas de la Compañía. Muchos de los principios educativos del santo vasco se recogen en la Parte IV de las Constituciones de la Compañía de Jesús.



Òscar
Fuentes Nuño, SJ



Profesor del Máster de Pedagogía Ignaciana de UNIJES
y Colegio Jesuites Casp-Sagat Cor de Jesús
ofuentes@deusto.es



Biblioteca de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid

Contexto: Humanismo y método de París

El pensamiento pedagógico de san Ignacio se enmarca en la consolidación del Humanismo renacentista. A nivel educativo, surgen dos planteamientos reformistas, la Pedagogía de la Reforma Protestante y la Pedagogía de la Reforma Católica; ambos cristianos, porque el verdadero Humanismo sentía la necesidad de entroncar la visión evangélica de la vida en la antigua *virtus*. El ideal de la reflexión pedagógica de san Ignacio y su particular metodología, impregnadora de la jesuítica, se debe, en primer lugar, a su persona: su vivencia propia, su formación académica y su recorrido vital; además de su interés por la persona compartido por pensadores y educadores de la época, como veremos. En segundo lugar, es preciso tener en cuenta la vida y la práctica de los primeros colegios de la Compañía. Este dinamismo formativo inicial y de las "primeras ordenaciones de estudio" de los jesuitas se refleja en la Parte VI de sus Constituciones de la Compañía de Jesús donde encontramos la mayor parte de la aportación del santo de Loyola a la educación.

Ignacio de Loyola, en efecto, fue primero discípulo y después maestro. Y estudiante en edad avanzada —contaba con cuarenta años—, experimentando las dificultades y desafíos del duro aprendizaje de formarse a sí mismo. Pero siempre lo realizó junto a buenos acompañantes. De aquí el binomio entre res-

ponsabilidad personal y necesidad de guía por parte de los maestros. Por supuesto, el primer maestro de Ignacio fue el propio Dios. La huella de esta relación se recoge en el libro de sus *Ejercicios Espirituales* como testimonio de su vínculo espiritual y propuesta de método para otros. Sin esta obra, es difícil comprender la profunda orientación teísta de sus actividades y obras; de forma singular, de la Compañía de Jesús y, dentro de ella, de los colegios o la formación de la juventud. Muchas normas para orientar la relación entre los participantes en los ejercicios se pueden extrapolar al vínculo entre discente y docente. Se trata de una pedagogía espiritual fruto de las intuiciones formativas del propio Ignacio y de la Compañía. Para el santo vasco, Dios le conducía a través de los hechos y las personas, por eso, sus experiencias educativas fueron determinantes.

En concreto, su formación en la Universidad de París —a través de los Colegios de Monteagudo, Santa Bárbara y Santiago— y el contacto con el conocido *método de París* fueron determinantes. Durante el siglo XVI, estudiantes y maestros formaban una sola comunidad en los conocidos colegios. Aunque también había estudiantes externos. La dirección recaía en el claustro de profesorado regulado por el rector de la universidad. La convivencia entre los estamentos era una de las claves del éxito. En cada colegio, encontramos un responsable junto al prefecto de estudios y al de disciplina. A nivel inferior, encontramos formadores entre los mismos estudiantes. Con un examen de ingreso, se determinaba su nivel y se le asignaba a una clase de acuerdo con su capacidad, independientemente de su edad. El plan de estudios era progresivo y dividido por niveles. En cuanto al ambiente, el orden es importante y la disciplina rígida. La *emulación* también era un elemento importante, a través de enfrentamientos académicos o *concertaciones* e innumerables *disputaciones*. En los primeros años (Gramática), como los grupos solían ser numerosos, se dividían en agrupaciones de diez estudiantes (*decuriae*). Uno de ellos era el responsable. La promoción al siguiente nivel era contrastada a través de exámenes y ejercicios para definir la progresión personal. En cuanto a la metodología, su característica principal residía en el ejercicio. Se realizaba una práctica constante con el alumno como protagonista. La *lectio* o lectura equivalía a una clase magistral tradicional. Pero, a continuación, se proponían una serie de actividades muy variadas. Como las *quaestiones* o preguntas realizadas por el profesor para la comprensión de un texto o las *disputaciones* o debates analizando los puntos de vista contrarios y



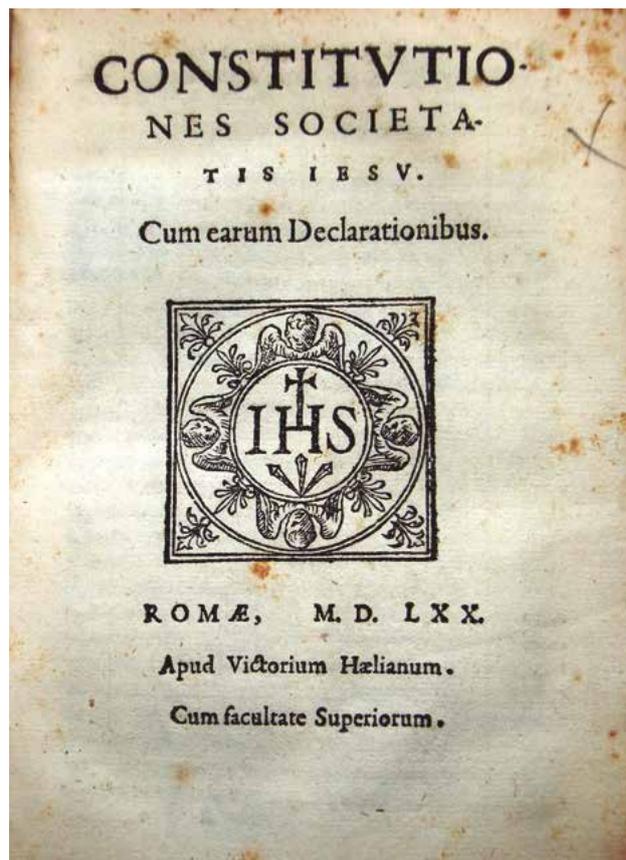
definiendo cada una de las cuestiones relacionadas. Aunque no eran monopolio de París, la importancia otorgada a estas prácticas era novedosa. El binomio virtud y letras se encontraba en la base, retomado por el mismo san Ignacio en las Constituciones.

Por último, también adoptó algunas influencias de los grandes humanistas y pedagogos de su tiempo —Erasmus, Vives y Montaigne— aunque el impacto fue diverso. La propuesta ignaciana de corte humanista, no se orientó hacia la propuesta fría del puro humanismo intelectual de Erasmo, independiente de toda autoridad religiosa y jerárquica. Está más cerca de algunas intuiciones psicológicas y pedagógicas de Vives o de Montaigne, favorecedoras de la adaptación y aproximación cordial del maestro, dentro de un marco espiritual.

Principios pedagógicos

Pero a todos estos elementos renacentistas y renovadores, les agregó una firme e incondicional visión cristiana con una gran fidelidad a la autoridad doctrinal de la Iglesia. De esta manera, Ignacio de Loyola eligió el camino de la síntesis conciliadora de extremos antinómicos. Así, el fin último de la educación para el santo de Loyola es tanto el “bien de las ánimas” como la “gloria divina” (Co 360). Son dos dimensiones íntimamente unidas. La educación es para ayudar a las personas a alcanzar su propósito. Se destaca, desde el inicio, la dimensión espiritual de la educación, la conciencia de ser ayuda para experimentar a Dios y de seguir su voluntad en este mundo. En la mentalidad de Ignacio, fruto de un pensamiento (en parte aristotélico) del momento, todas las cosas están ordenadas y tienden a un fin. Según los *Ejercicios Espirituales*, el fin del ser humano es servir y amar a Dios, a través de la respuesta personal, para poder vivir y disfrutar de ese amor. Por ello, es importante discernir y buscar el puesto de cada uno en el mundo, según este criterio, así se han de jerarquizar las prioridades, también en los estudios. Así, el título de la Parte IV de las Constituciones es: “Del instruir en letras y en otros medios para ayudar a los próximos” (Co 306). Ayudar se traduce en una actitud proactiva muy bien recogida en la expresión “incitar, mover y animar” al estudiante (Co 386).

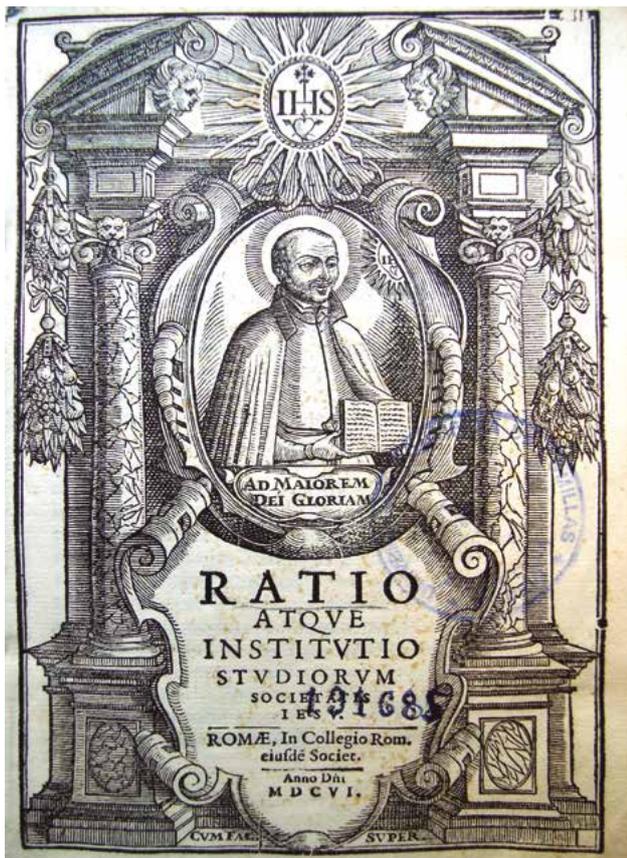
La educación para Ignacio, como hemos visto, no es solo para la realización personal de cada uno, sino para el “bien común” (Co 368); para transformar la sociedad al estilo del Evangelio, a partir de las cualidades personales. Encontramos una perspectiva positiva de la naturaleza humana y de la educación. Se trata de “mover al amor y al servicio” (Co 486). Todo



Biblioteca de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid

El ideal de la reflexión pedagógica de san Ignacio y su particular metodología, impregnadora de la jesuítica, se debe, en una parte, a su persona: su vivencia propia, su formación académica y su recorrido vital

es ocasión para mejorar y fomentar el bien. En expresión de las Constituciones, “según la edad, ingenio, inclinación, principios que un particular tuviese o del bien común esperase” (Co 354). Se define así el principio de personalización, con el tiempo, se conocerá en la pedagogía ignaciana como *cura personalis*. Se conjuga la realidad personal con el bien común, orientada siempre a este fin último. En este horizonte mayor, se mezcla lo divino con lo humano. El texto de las Constituciones habla de dos vías para llegar a ese objetivo final. En primer lugar, está el “ejemplo de vida”, tanto del profesorado como del alumnado. Para los primeros, se recomienda definir propuestas “que den edificación de los que oyen” (Co 484). Esta recomendación se hace en toda ocasión, “en las lecciones y fuera de ellas” (Co 486). Como en el método



Biblioteca de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid

de París, el ambiente, no solo de aprendizaje, se considera crucial. Para los últimos, desde la mentalidad ignaciana, se les pide estudiar con "intención recta" (Co 360), es decir, ser consciente de para qué estudia y por qué. El segundo medio para alcanzar el fin último de la formación es la "doctrina" y el "edificio de las letras". Aparecen unidas en el ejemplo de vida, la doctrina y las letras. El ideal está claro: "con pura intención se aprenden" (Co 339). Si la inclinación es ordenada, estará orientada a formarse bien para ayudar a otros: "después mejor ayudará con lo que aprenda" (Co 362). Para Ignacio, si la fe invita a vivir con amor en todo, también en el estudio. El maestro, con su ejemplo, ha de ayudar a los estudiantes. Para ello es relevante analizar "el modo de enseñar" (Co 410). Ignacio es muy práctico, el estudiante y el maestro siempre han de sacar "provecho" (Co 369).

Se define de esta forma el binomio conocido de "virtudes y letras" (Co 308), un reclamo a la educación integral de los niños, adolescentes y jóvenes. Para ellos, san Ignacio requiere admitir a jóvenes en los centros educativos de "buenas virtudes e ingenio" (Co 308). Se vertebran juntas la excelencia humana y académica, siempre la primera como base de la intelectual. Tanto los humanistas como Ignacio defienden la importancia de conocer y asimilar la buena literatura para potenciar las virtudes de los estudiantes. Esto potenciaba la firmeza del carácter personal,

Se vertebran juntas la excelencia humana y académica. Tanto los humanistas como Ignacio defienden la importancia de conocer y asimilar la buena literatura para potenciar las virtudes de los estudiantes

hablar y escribir con persuasión y participar activa y positivamente en temas de la comunidad para conseguir el fin último. Se cuida además la sensibilidad humana en valores, emociones, impulsos en el contexto de los estudiantes para crear un mundo más fraterno.

En las Constituciones se reconoce la posibilidad de "sufrir el trabajo del estudio" (Co 344). Para Ignacio y los primeros compañeros jesuitas, la formación "pide el hombre entero" (Co 399). El estudiante necesita una "deliberación muy firme" (Co 361) para afrontar su formación. Porque cuanto más se reflexiona y profundiza, se requiere más energía y dedicación. En sí mismo, la acción de estudiar ya puede ser buena porque se practican virtudes como la constancia, atención, planificación, metacognición o esfuerzo. El estudiante es el protagonista de la pedagogía ignaciana, de aquí la necesidad de su implicación y de su deseo de ánimo y ardor en su formación. Por su experiencia personal, Ignacio es consciente de los "impedimentos que distraen del estudio" (Co 362) pudiendo ser de carácter económico o movido por el deseo de apostolado o de ayudar a otros más necesitados. Estos últimos loables, pero pueden despistar a la persona durante sus estudios y su formación. Por ello, Ignacio apela al autoconocimiento o al dominio del estudiante porque, con un buen aprendizaje, "después mejor ayudará con lo que aprenda" (Co 362). Para evitar los posibles peligros de la carga académica, el primer General de la Compañía de Jesús recomienda medir el trabajo realizado: "que más puedan durar en el estudiar como después en el ejercitar lo estudiado" (Co 339). Incluso detalla algunos consejos: "sean moderados en los trabajos de la mente"; "no se estudien en tiempos no oportunos a la salud corporal"; "duerman el tiempo suficiente" (Co 339). Porque un celo desordenado no puede durar mucho y acabaría perjudicando al joven.

Ignacio era un gran organizador y era consciente de la necesidad de una estructura en los colegios. Por ello, también aborda la gestión y buen gobierno



del centro educativo. El liderazgo de los responsables se fundamenta en gran medida, en el consultar a muchos ("viendo lo que todos sienten" [Co 502]). El santo vasco lo concibe como un servicio, en primer lugar, realizado por el rector del colegio. Su oficio es contribuir a hacer del colegio o de la universidad instituciones donde todos contribuyan a la formación en letras y buenas costumbres del alumnado. Las cualidades del rector son parecidas a las descritas para ser General de la Compañía (Co 725-735). Debe ser de mucho ejemplo y edificación; mortificadas sus pasiones; especialmente probado en la obediencia y en la humildad. Su primer deber es la "oración asidua y generosa" para sustentar el centro. Otro deber muy importante es la vigilancia sobre todos, con mucho cuidado, guardándolos de inconvenientes de dentro y de fuera (Co 428-436). Ha de consultar y seguir el parecer de los más experimentados y, en caso de conflicto, recurrir a la autoridad superior. El objetivo de este liderazgo consultivo es que "en todo se proceda con cuidado de hacer lo que cada uno debe" (Co 504). Los maestros asumen así unos deberes porque "tendrán mucho que hacer" y los no jesuitas "serán bien salaridos" (Co 500); se desprende la importancia de la estructura. El encargo del profesor es "procurar el provecho de los estudiantes" (Co 369). Otro de los cometidos de toda la organización es velar por el "orden de las ciencias" (Co 366). Ignacio realiza un esbozo más perfilado en las diversas *Ratios* provisionales hasta la promulgación en 1599 de la *Ratio Studiorum*.

Métodos de la propuesta ignaciana

La metodología activa influenciada por la experiencia de los primeros compañeros jesuitas en París intenta promover el desarrollo completo de la persona para que "se ejerciten los ingenios" (Co 379). Aunque no se profundiza, el método estructurado de los estudios de la Compañía se completará en la *Ratio Studiorum* de 1599. En total, son 30 reglas, con un total de 467 artículos nada menos. Ignacio se preocupó por articular una visión más general sobre la educación, unos principios generales claros, tanto en el texto legislativo de la Compañía como en los ejercicios. Por ello, hemos intentado presentarlos en el presente artículo con más profundidad. En las Constituciones aparecen ya mencionadas muchas actividades concretas para alcanzar este objetivo sin un desarrollo pormenorizado. La primera de ellas es "ir a clase" (Co 383) como primera obligación de los estudiantes. Allí, se requiere una implicación activa del joven, por ejemplo, "demandar lo que no entienden" (Co 374). También encontramos orientaciones para el profesorado "se aclaren cosas difíciles" (Co 379). Siempre después del trabajo previo del alumnado. Ignacio no emplea el término *formación, educación...* sino *probación*, tanto para los jesuitas como para los estudiantes externos. Propone continuas "experiencias y probaciones" (Co 336) para poner en juego toda la persona y favorecer su desarrollo integral en una situación particular. Después de participar en clase, se pide al estudiante reflexión y "anotar lo que conviene" (Co 374). Se fomenta una síntesis y

MÁSTER EN PEDAGOGÍA IGNACIANA



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

CIHS



¿PARA QUIÉN?

Dirigido a docentes de la Compañía de Jesús, responsables de educación y profesorado de instituciones que comparten la inspiración ignaciana.

METODOLOGÍA SEMIPRESENCIAL

Actividad permanente del alumnado y acompañamiento de profesor/a-tutor/a.
Sesiones presenciales en Madrid, Loyola y Manresa.

IDENTIDAD IGNACIANA

Un máster interdisciplinar de carácter práctico que responde a los retos actuales de la Educación, aunando la innovación y la sabiduría que ofrece la tradición educativa jesuita.

LA UNIVERSIDAD JESUITA DE MADRID



CONTACTAR:

pedagogia.ignaciana@deusto.es



Ignatius

ver nuevas
todas las cosas
en Cristo

asimilación, a través del repaso, más personal de “lo que ha de quedar para adelante” (Co 376). A través de las composiciones, se ejercita mucho el estilo de los estudiantes y se motiva el “saber dar razón” (Co 408), una argumentación propia y original. Para ello se potencian “actos públicos” (Co 390) para practicar el ejercicio de disputar, fomentando la empatía y la síntesis de visiones contrarias. Por último, una recomendación importante “no hacer cosas que a los pobres no convengan” (Co 390). Ignacio siempre intentó conseguir la gratuidad de los centros educativos buscando bienhechores. Él mismo sufrió al sufragar los gastos de su formación. Es consciente del empoderamiento representado por la educación, pudiendo caer en la tentación de “ambición y deseos no ordenados” (Co 390); recomendando actuar siempre “sin prejuicio de la humildad” (...) “para más poder ayudar a los prójimos” (Co 390).

Los colegios

En una instrucción de Ignacio titulada “Letras del modo de los colegios de Italia y Vtilidades”¹ se numeran hasta quince utilidades de los centros educativos de la Compañía, tanto a nivel de la Orden, como de los estudiantes externos y, en general, al pueblo o provin-

Ignacio era un gran organizador y era consciente de la necesidad de una estructura en los colegios. Por ello, también aborda la gestión y buen gobierno en los centros educativos

cia donde se emplazaba. En referencia a la Compañía, los estudiantes jesuitas, con la dedicación y el tiempo de sus maestros, se ejercitarían en letras y en los demás ministerios apostólicos. También la convivencia con los externos ofrecía la oportunidad de traer nuevos miembros a la Compañía, siempre desde la libertad, sin persuasión.

Para los oyentes de fuera se enumeran cinco utilidades incluyendo la educación desde los primeros años en virtud y letras y el aprendizaje de la vida y doctrina cristiana, especialmente de los niños más pobres. Para los padres, la gratuidad de los centros suponía así un alivio para la economía doméstica. Mientras que la población podía gozar de la predicación y las labores pastorales de los jesuitas, así como su ayuda en obras de caridad. Por último, para la región, el beneficio práctico repercutía en la elevación cultural, profesional, moral y religiosa de su población en general, claro ejemplo del valor multiplicador y pragmático del pensamiento de san Ignacio •

1 Polanco (ex comm.) a Araoz. Roma 1 diciembre 1551. Epp Ign IV, 5-7. Documento I.



PARA SABER MÁS

GIL, E. (ed.) (2002). *La pedagogía de los jesuitas ayer y hoy* (2.ª ed.). Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

GUIBERT, J. M.^a (2020). *Para comprender la pedagogía ignaciana*. Bilbao: Mensajero.

LANGE, W. I. (2005). *Carisma ignaciano y mística de la educación*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.



HEMOS HABLADO DE

Pedagogía; san Ignacio; humanismo cristiano renacentista; Compañía de Jesús; Constituciones de la Compañía.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2021, revisado y aceptado en mayo de 2021.